

BIBLIOTECA EN PARAL·LEL

ENGOMADO EDITORAS

TABLA DE CONTENIDO

4 ENGOMADO
EDITORAS

EX-LIBRIS

7 DAVID
PÉREZ

DEL SUCEDER Y DE SUS ESPACIOS

15 PEPE
ROMERO
RAFA
RODRÍGUEZ

DEAMBULAR POR LA BIBLIOTECA: RECORRIDO SOBRE LIBROS

25 SARA
VILAR

COM UNA PELL

35 PILAR
CRESPO

PRESENCIAS Y PROXIMIDADES

45 MAR
JUAN

DOS LECTURES (EPIDERMIS I PAPER)

55 JOAQUÍN
ARTIME

REFERENTES INVERTIDOS

65 SALOMÉ
CUESTA

mujeres STEAM, a estudio

DEL SUCEDER Y DE SUS ESPACIOS

DAVID PÉREZ

DEL SUCEDER Y DE SUS ESPACIOS

Tomemos como puntos iniciales de referencia, eludiendo cualquier guiño a Borges o a Umberto Eco, una hipotética biblioteca y también una posible exposición. ¿Desde dónde leer e interpretar esta última? ¿En qué estantería depositarla y qué signatura utilizar para su localización? Es más, ¿cómo dotar de volumen —y de volúmenes— al instante que transcurre —y del que el arte se ocupa—, un instante que siempre parece mostrarse esquivo a cualquier escritura y a cualquier catalogación?

Para intentar aproximarnos a estas preguntas — aunque no tanto a sus más que inciertas y eventuales respuestas— deseamos partir de un concepto —el del suceder— a través del cual vamos a transitar por esas dos referencias a las que hemos hecho alusión. Y vamos a hacerlo, además, definiendo el suceder como aquello que nos acaece y nos transcurre pero que, sin embargo, se sitúa al margen del hacer, es decir, al margen de lo que realizamos y llevamos a cabo, un realizar —al que destinamos un pertinaz, aunque no siempre consciente esfuerzo— que básicamente se halla dirigido a la producción y a la consiguiente acumulación de sucesos y hechas. Un realizar, asimismo, que debido a su insistente tenacidad productiva, olvida en su propia formulación el carácter del acontecer y el sentido del acontecimiento.

En función de lo apuntado, si nos remitimos a la idea del suceder es para enfrentarnos desde un inicio a ese doble punto de partida sobre el que se articula el presente texto. Es decir, para situarnos ante una dúplice realidad que vinculamos a dos ámbitos o, mejor aún, a dos circunstancias simultáneas: la de la biblioteca y la de la exposición. Dos puntos, dos espacios de actividad y tensión que, si en este contexto deseamos solapar y confundir, no es por lo que en los mismos se agrupa y presenta —tal

como en un primer momento podría sospecharse—, sino por lo que en ambos sucede —algo, insistimos, que se desarrolla con independencia de cualquier voluntad, incluida la nuestra—.

¿Hacia dónde nos encaminan estos puntos?

Paradójicamente, hacia unos enclaves discursivos donde en un sentido estricto nada se realiza ni ejecuta, pero en los que todo bulle: unos espacios en los que lo posible —es decir, aquello que la lectura de piezas o de libros propicia o aquello que, si se nos permite el vocabulario aristotélico, en potencia se alberga— no es lo que en verdad importa, puesto que lo que en estos enclaves se destaca es el propio hecho de la posibilidad en sí misma.

Ahora bien, ¿qué es lo que conlleva la posibilidad a diferencia de lo posible?, es decir, ¿qué es aquello que conceptualmente singulariza el ámbito de la posibilidad frente al de lo posible? De forma concisa se puede señalar que la carga semántica de la posibilidad radica no tanto en el hecho de que la misma permite penetrar en el mundo de lo factible —el universo de lo que puede realizarse y hacerse—, como que sitúa en la apertura y disponibilidad para el suceder.

En este sentido —y al igual que Jacques Derrida señalaba que lo imposible no es exactamente lo contrario de lo posible, sino su condición necesaria, su oportunidad—, la cuestión de la posibilidad también plantea y reclama una decibilidad previa, o sea, un requisito en el que basarse. Este hecho es el que nos permite apuntar que la decibilidad aludida es aquella que articula que el decir, tomado en sí mismo, sea decible. Sucede, por ello, algo similar a lo que acaece con el lenguaje y con la palabra: sea cual sea nuestra competencia en una determinada lengua, se requiere para utilizar la misma la posibilidad del habla.

De este modo —y es lo que ahora nos interesa destacar—, biblioteca y exposición, en tanto que aperturas, o sea, en tanto que discursos que propician la viabilidad del discurso —el decir previo al decir—, concitan una disponibilidad no para el hacer, sino para que el hacer pueda hacerse. De ahí que en este contexto lo valioso, una vez más, se halle no en la realización propiamente dicha —en la acumulación del saber o en el saber de la mostración—, sino en su antesala: ese espacio de indeterminación que se encuentra sin resolver y que siendo nada constituye todo.

Biblioteca y exposición, según acabamos de afirmar, al ir más allá de lo posible —al ubicarse en la antesala de lo dicho—, posibilitan. Por ello, indeterminan. No obstante, aunque sea desde una perspectiva tangencial y dado que la producción artística y el propio universo del libro surgen como resultados de un hacer plural y, por consiguiente, como obras —obras que, aun siendo cerradas, permanecen abiertas—, cabría preguntarse si esta necesaria orientación hacia lo conclusivo —siquiera sea concebida la conclusión como una propuesta— no entra en contradicción con la apelación a la indeterminación efectuada con anterioridad.

En otros términos: ¿cómo conjugar la disponibilidad subyacente a la noción de posibilidad con el hecho de que ambos enclaves discursivos —biblioteca y exposición— tienen como compartido objetivo auspiciar un espacio de resoluciones, o sea, una realidad de hechuras y, por ello, una construcción de realidades?

Responder a esta cuestión conlleva asumir una paradoja: si bien todo texto —ya sea plástico, literario, sonoro, performático o de cualquier otra índole— actúa como una propuesta de significación que simultáneamente es concreta y abierta, lo que el fenómeno exposición/biblioteca está poniendo de relieve —en tanto que estructura textual y dispositivo semántico— no es únicamente la realidad cambiante y diversa de lo significado, sino el propio significado de lo cambiante y del suceder, es decir, no lo hecho, sino lo que, huyendo del realizar, queda enunciado bajo el peso del transcurso y, a su vez, bajo el sopesar del mismo.

En relación con esta consideración, se ha de tener en cuenta que el contenido que define una exposición —es decir, aquello que la misma alberga o puede albergar— no es otro que el del propio discurso que conceptualmente circunscribe al arte, un discurso que, desde el presente, construye el pasado y delimita el ahora, intentando a su vez encerrar un futuro que, sin embargo, será desde el que inexorablemente se nos inventará. Debido a ello, nada de lo sido será, pero no tanto porque lo que ahora está siendo no pueda perdurar —algo que resulta obvio—, sino porque lo perdurable es el hecho del borrado y de la reescritura, es decir, el gesto que traza la lógica establecida por el palimpsesto.

Este planteamiento tautológico que, si se nos permite parafrasear a André Malraux, también es aplicable a la idea de colección o a la de museo —ya sea imaginario o no—, podemos aquilatarlo mejor —aunque sea de una forma irónica—, apuntando que aquello que caracteriza

el sentido de cualquier ámbito expositivo se halla íntimamente entrelazado con la versatilidad productora —o, si se prefiere, con la incertidumbre emisora— que el arte concita. Esta circunstancia es la que permite que cualquier muestra pueda ser capaz de cobijar en su propia disparidad narrativa objetos, ideas y situaciones de toda índole.

De manera paralela, la apertura discursiva a la que acabamos de aludir —así como la mezclanza simbólica y la vacilación sígnica que la misma genera—, también la podemos descubrir, tal como venimos observando, en una biblioteca y, de hecho, no hay que olvidar — para acabar de entretejer especularmente el sentido de nuestras palabras— que hay bibliotecas que llegan a mostrar exposiciones y exposiciones que, por su parte, se destinan a exhibir archivos y bibliotecas —o, al menos, a discursear en torno a ellos, siquiera sea bajo coberturas argumentativas como las propiciadas, si retomamos a Hal Foster, por posicionamientos como el etnográfico o el cartográfico—.

Ahora bien, ¿por qué señalamos lo apuntado?

Porque al margen de que las obras reunidas en la presente publicación hayan sido exhibidas en una biblioteca, lo que nos interesa plantear es el sentido situacional —aunque no necesariamente situacionista— que conlleva esa apelación que hemos efectuado al hecho expositivo en tanto que espacio de situaciones, es decir, en tanto que nodo de acaecimientos y ámbito del suceder.

Desde esta perspectiva, si el arte importa es, precisamente, por su capacidad para suceder, es decir, por su disponibilidad para acontecer y, por tanto, por su invitación a concebir el tiempo de su transcurrir como una fractura del mismo, una fractura que conlleva su

singularidad y su paralela irrepresentabilidad. En función de lo apuntado, si en el tiempo impera el discurso de la historia, en el suceder predomina lo que anula el cómputo del discurso, o sea, aquello que problematiza el decir de la previsibilidad.

Como venimos sugiriendo, una biblioteca — pública o privada—, siquiera sea desde un planteamiento conceptual, acoge —al igual que sucede con un archivo, noción que en los últimos años ha sido utilizada hasta la saciedad dentro del ámbito artístico— cualquier tipo de realidades y circunstancias discursivas. Es más, podríamos decir que ella en sí misma actúa como registro configurado y configurador del discurso —y, por tanto, de la realidad— y no porque sus volúmenes digan o aludan al mundo, propiciando un relato del mismo, sino porque hablando de lo que hablan —conteniendo lo que contienen— nos remiten, si partimos de lo apuntado por Lacan, no a lo que en ellos se halla escrito, sino a aquello de lo que no podemos escribir ni hablar, es decir, a aquello que escapa a lo conceptualizable.

De este modo, la biblioteca y también el arte — aspirando a lo decible— parece que estarían cobijando lo que puede ser dicho o, al menos, una parte de lo dicho. Sin embargo, lo que en verdad consiguen es escribir una paradójica aunque necesaria imposibilidad: la de decir o la de mostrar lo real, algo que en sí mismo es irrepresentable e indecible. Tan irrepresentable como el suceder. Tan indecible como el acaecer. Tan inasible como el vivir.

David Pérez es Catedrático de "Claves del discurso artístico contemporáneo" de la Universitat Politècnica de València.

UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE
VALÈNCIA
Camí de Vera, s/n, 46022 València,
España

BIBLIOTECA EN PARAL·LEL
Intervencions artístiques a la
Biblioteca Central de la UPV
por Mar Juan, Joaquín Artime, Sara
Vilar, Pepe Romero y Rafa Rodríguez,
Pilar Crespo y Salomé Cuesta
2018

PUBLICACIÓ

DISEÑO GRÁFICO
Engomado Editoras

TEXTOS

David Pérez, Mar Juan, Joaquín
Artime, Sara Vilar, Pepe Romero y
Rafa Rodríguez, Pilar Crespo y Salomé
Cuesta

IMPRESIÓ

Impreso en Valencia, Reprografía B.V.
2018

AGRADECIMIENTOS

Biblioteca Central y Biblioteca
de Bellas Artes de la Universitat
Politécnica de València
Laclandestina Atelier
Jonay Cogollos van der Linden

*Esta publicación está subvencionada
por el Àrea d'Activitats Culturals de
la Universitat Politècnica de València
y por el Laboratorio de Creaciones
Intermedia*

© de los textos, imágenes e
intervenciones: las autoras
© de la edición: Engomado Editoras

ISBN 978-84-09-07568-3



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA
FACULTAT DE BELLES ARTS DE SANT CAIETÀ
BIBLIOTECA

PAC
2018
PROPUESTAS ACCIONCULTURALS



LABORATORIO
DE CREACIONES
INTERMEDIA, LCI